

CRÓNICA

de un bandido



Maurilio Mercado



Fundación Ediciones Clío

CRÓNICA DE UN BANDIDO

CRÓNICA DE UN BANDIDO

MAURILIO MERCADO



Fundación Ediciones Clío 2023

ISBN: 978-980-7984-82-9

Depósito legal: ZU2023000211

INTRODUCCIÓN

He tratado de incluir en mi historia temas que resultan controversiales, que no se pueden evitar porque ahí están, aunque sujetos a una camisa de fuerza y escondidos en el basurero de lo perverso, salen a la luz cuando el viento penetra por cualquier hueco y comienza a ventilarse lo mezquino y lo bajo.

En tres párrafos se puede resumir la esencia de mi relato. La vida me ha dado tan poco que puede caber en la palma de mi mano, en un puño vacío, que cuando se va llenando me lo arrebató. Sólo aquel que carece de todo sabe que lo mínimo cuesta, y aquél que tiene bastante a veces se vuelve ciego por las bondades de la abundancia.

Si consigues algo con mucho esfuerzo y lo has cuidado con tanto ahínco, cuánta frustración te provoca perderlo. Nos aferramos a lo que tenemos, sea mucho o sea poco, porque somos así y es nuestra naturaleza. Hasta un indigente se vuelve agresivo cuando le tiras a la basura sus harapos, porque son sus bienes, lo único con que cuenta. ¿Cuánto le sirven aquellos cartones sobre los que tira su cuerpo? Como defiende los hilachos que lo envuelven y lo protegen de las inclemencias del tiempo.

....

Me trastornó la rabia, Agustina, se me acabó el mundo, me cerraron todos los caminos. Sólo una palabra mía bastaba y tú te hubieras ido conmigo a cualquier parte. Cuando te sientes acorralado por la vida todos los caminos los encuentras cerrados, como un día nublado donde los horizontes se han cubierto de niebla, y no alcanzas a ver más allá de tus ojos todo aquello que a tu alcance se encuentra. Lo mismo ocurre cuando te arrebatan lo poco de que dispones, todos los senderos se van perdiendo en la oscuridad hasta que todo se lo traga la noche, y cuando en un mundo cerrado extravías el camino y no encuentras salida, te pierdes en la desesperación y el miedo. Es aquí donde la delincuencia comienza, como una olla de presión que explota y salpica todo lo que en su entorno encuentra.

....

Cuando no hay separación de poderes y todas las fuerzas se concentran en una sola, se va engendrando un monstruo de dimensiones inconcebibles, y una vez ya mezclados comienzan a hervir en un caldero enorme donde se cocina la infamia y se incuba la gangrena.

El comisario y el padre que habían aprobado el despojo apartaron de la multitud a los hombres, pidieron a todo aquel que tuviera armas pasara a recogerlas, y rápido se incorporaran a sus filas. En poco rato formaron la jauría humana que jamás se había visto.

Soltaron al ladrón para que lo atrapara no solo la jauría sedienta de sangre, sino el dragón de las siete cabezas

que podía someterlo, condenarlo, salvarlo, torturarlo, juzgarlo y mantenerlo sujeto con todos los poderes que se desprendían de un solo cuerpo.

CRÓNICA DE UN BANDIDO

*Un ladrón es un cisne al que han despojado de todo
su plumaje y no le quedaron suficientes plumas,
para mostrarle al mundo su cuello blanco.*

“¿Qué clase de cielo es el que ofreces, que sólo aquellos que se someten a ti podrán tenerlo? ¿Qué precio tiene la gloria que tú vendes que nada más el qué tiene plata logrará alcanzarla? A los que nos quitaste todo y no tenemos nada, nos arrojaste a las puertas del infierno, no nos quedó otra cosa, sólo resignarnos, ¿por qué si el paraíso es tuyo, se necesitan centavos pa’ poder comprarlo?

Todo nos lo arrebataste, sólo guardamos el rencor acumulado en cientos de migajas, y en migajas poco a poco te lo iremos devolviendo. Nunca volveremos a ser los mismos, como esos que te rinden, o aquellos que te alaban, no vamos a formar parte de aquellos arrastrados que te lamen la espalda, o te agarran la mano para llenártela de babas.

Ni tú mismo alcanzarás el paraíso, ése que vendes. No lograrás subir aunque te agarres, cómo esos mapaches que se cuelgan de la cola del que va subiendo. Tú te irás

para abajo y nos arrastrarás a todos. Te hundirás en las oscuras profundidades del abismo. Sí, descenderemos juntos hasta lo más hondo del precipicio, porque así de negra, es la conciencia que tú tienes.”

Se quedaba fijamente mirando los morillos del techo, tratando de descifrar la línea que corría de una pared a otra, en ese cuarto oscuro donde no lograba ver nada, nada más los ojos le brillaban a mitad de la noche, como gato asustado, se daba cuenta que allí estaba, porque tenía bien grabada esa imagen de las vigas torcidas y las tabletas separadas, que dejaban salir la mezcla blanca como una lengua de escarcha.

Cerraba los ojos y por breves momentos conciliaba el sueño, pero luego al menor movimiento se volvía a despertar, y una vez despierto aparecía nuevamente la rabia; la ansiedad se apoderaba de su cuerpo, sentía ganas de huir, pero no sabía a dónde y desesperado se revolcaba en la cama. El rencor salía a borbotones, como una vomitada, y de su mente se desprendían dardos hirientes, y de su boca salían las palabras ofensivas de un demente, frases envenenadas que se confundían con llanto. Gritos que parecían lamentos desprendidos de la noche.

“Lo que nos acabas de hacer no tiene madre, la ofensa y la humillación no tienen precio, apóstol del infierno. Pero no te va a alcanzar la vida para contarlo, maldito zopilote, casi lloras cuando predicas tus sermones, pero eres más sucio que esos mayates prietos que se revuelcan en la cagada”.

Tenía tres días que se le acababa la noche dándole vueltas y más vueltas al mismo pensamiento, una sombra que se le había pegado como un abrojo y giraba en su

cabeza, como una rueda de carreta que se movía por todos lados pero que no lo llevaba a ninguna parte.

Se levantaba en la mañana, como un sonámbulo, con el diablo metido, sin poder olvidarse de aquella mortificación que le rasguñaba el cerebro y de la que no podía desprenderse ni siquiera un momento.

Entraba a la cocina, se servía un jarro de café, tratando de empujar el bocado de un taco de frijoles que su abuela, Encarnación Villegas, le había servido en un plato de barro. Daba un sorbo fuerte y sentía que aquel líquido lo quemaba por dentro, pero le ayudaba a pasar aquello que con tanta dificultad tragaba, luego agachaba la cabeza, le daba pena que la anciana le viera en ese estado tan deplorable.

“Mi abuela me notaba la pena, era de aquellas mortificaciones que pesan mucho, y por lo mismo no se pueden ocultar, salen a flor de piel como la sarna, que va brotando por todos lados, hasta convertirse en una llaga que no puede esconderse”.

—Ya olvídate de eso Bernardo, te vas a enfermar del alma y la enfermedad del alma no tiene cura, no es como las dolencias del cuerpo, que con una pastilla se aplacan, el mal de la mente es como un cáncer que va enmohecando el cerebro hasta dejarlo manchado, y los desechos se van regando por tus venas hasta que todo el cuerpo queda embarrado de rencor.

—Qué más quisiera yo, abuela; es cosa que me domina. Con lo que me hicieron me trastornaron, como si me hubieran dado una pócima de veneno, es algo que no puedo arrancarme, ya me siento como un perro rabioso, sólo falta que salga corriendo al cerro, con el hocico babeando. Tengo esa impotencia, la desesperación y la

sed que lleva el animal y el mismo temor que le provoca el agua, ese miedo yo siento por la vida.

Agarraba su sombrero, se encajaba la pistola en la cintura, tomaba la escopeta y se lanzaba al monte. Allí pasaba todo el santo día, cazando algún conejo o unas cuantas palomas y regresaba a la puesta del sol cuando las nubes se teñían de rojo, y se cubrían de sombras las laderas de la tarde.

No quería encontrarse con nadie, le molestaba que lo vieran, bastante tuvo con el despojo que el padre le hizo en presencia de todos, porque no se conformó con recogerles la herencia que el señor cura les había dejado, sino que tocó las campanas para que todo el rancho estuviera presente, como si se tratara de darles un fuerte escarmiento a bandidos que agarran lo que no es suyo, si todo mundo sabía que esa miseria que les dieron, sólo fue una mínima recompensa por los servicios que tantos años a la iglesia prestaron, pero hasta el comisario les dio la espalda, el que sirvió de testigo cuando el reparto, ahora se hizo el desentendido para quedar bien con el padre, aprobando el despojo con su risa burlona de arrastrado.

Mientras Doña Encarnación rezaba su rosario, él preparaba su fritanga, haciendo el mayor ruido posible, para no escucharla, y la anciana hacía un gran esfuerzo, miraba el cielo lleno de estrellas por el hueco de la puerta, y elevaba la voz, para que hasta los oídos del nieto llegaran sus palabras, quería que penetraran en su cerebro sus oraciones y plegarias y así ablandar su corazón, que se le había vuelto de piedra, pero todo era inútil. El que por tanto tiempo fue tan devoto, ahora odiaba cualquier cosa relacionada con lo divino.

Hasta el apetito había perdido. Se le habían acabado los tiempos en que no se llenaba, ahora comía poco, dejaba el plato a medias, se ponía en la boca la última sopa. Se levantaba y se empinaba un jarro de agua, luego le daba las buenas noches a su abuela y se metía en su cuarto, se tiraba en la cama boca arriba y ahí se quedaba contemplando el techo por largo rato, como si deseara descubrir algo escondido en aquellas maderas viejas que le limitaban la vista y le impedían ver el cielo, ese firmamento lleno de luces que lo desvelaba más allá de la media noche, sólo por ver el brillo de las estrellas en aquellas noches oscuras que tanto le gustaba contemplar y que ahora le parecían noches eternas que no acababan.

Después de largo rato daba un soplido sobre la mecha del aparato y se quedaba en tinieblas, en seguida la noche le revolvía el rencor y la sombra penetraba en su mente y comenzaban a desfilar procesiones de imágenes que le envolvían el cerebro con el mismo pensamiento, como si una paloma le revoloteara en la frente, y le despertara el recuerdo con el ruido de sus alas.

“Viéndolo bien a bien, a mí me fue mejor que a los demás, pensaba, aunque a todos nos dejó pelones, como cola de armadillo, pero yo por lo menos estoy joven, me queda tiempo para tirarle más patadas a la vida. Y no como a la pobre de Arcadia que ya le anda echando al mundo los últimos suspiros, la explotaron hasta acabar los años de su vida y luego la tiraron exprimida, como un trapo viejo que con los años se va deshilachando y después de tanto usarse casi se deshace de tanta sacudida. A la pobre no le dejaron ni para comprar un Mejoral que calme sus dolores, ni tan siquiera para un chiquiador que le tranquilice la frente, no le dieron ni unos zapatos

viejos para que cubra sus juanetes, le arrebataron hasta el bordón para que se arrastrara por el suelo, no tuvieron ninguna compasión de la pobre anciana inválida que le quedó corta la pierna desde aquel día en que le cayó un tablón en la pantorrilla, le sacó un tasajo de carne y le quebró el hueso; solo por darle de comer a la engorda del señor cura. Ese día los puercos por poco se la tragan viva, si no hubiera sido por el sacristán, que los enfrentó con un garrote y se la arrancó a la muerte, cuando ya los animales la llevaban en el hocico.

Al santo sacristán, que también era rencoroso, no le dejaron ni un hilacho con que se diera un fomento de agua salada, con qué calmar las reumas que le deformaron sus coyunturas después que le cayó el badajo de la campana mayor en el empeine y casi le desbarata la pata.

Unos más y otros menos, pero todos quedamos marcados con el hierro candente de la iglesia, como si fuéramos parte de su ganado y no otros tantos de los que conforman su rebaño.

Yo, que parezco entero por fuera, quedé baldado por dentro, porque por muchos años soporte la burla de los demás, cuando me hacían una señal obscena y me gritaban que si ya iba a que me metieran el dedo, por que muchos afirmaban que eso hacía el señor cura con los otros muchachos que rondaban el templo.

Eso me molestaba y me apenaba, aunque sabía que aquello eran puras calumnias, envidia nomás. Porque él a mi sí me tenía aprecio, si se hubiera portado así conmigo, nunca me le habría parado enfrente; lo único que sentí que hizo mal hecho, y lo pienso ahora que estoy grande, en ese momento, ni a mal se lo tomé.

Recuerdo de él que, cuando era muy niño, un día me abrazó, estaba sentado en un corredor a un lado de su cuarto y me detuvo al pasar, comenzó a besarme en las mejillas y me apretó a su cuerpo con tanta fuerza que hasta me sentí sofocado, lo vi que tenía los ojos cerrados y yo pensé que estaba concentrado, en alguna visión divina y hasta sentí temor que en cualquier momento, se elevará al cielo, pero sólo comenzó a temblar su cuerpo, me apretó más fuerte y me pasó la mano por el trasero, exhaló un suspiro, y se quedó quieto, luego me soltó y, como si estuviera avergonzado, se metió a su cuarto. Yo saqué la lengua y sentí dulce su saliva y pensé que era dulce la saliva de los beatos, porque todos, hasta mi abuela, consideraban que era un santo.

Conmigo siempre fue muy parejo, hasta llegué a pensar que me quería como a un hijo, sería que hasta me hubiera gustado que así fuera, me lo demostraba con sus cuidados, nunca nadie me trató como él y me lo demostró más acordándose de mí, cuando le estaba llegando la muerte. A todos nos dio lo justo, no más de lo que merecíamos, pero llegó este engendro a arrebatarnos todo; mira que hasta llevarse la vaca que yo compré con mis propios centavos, a todos les consta que por ese animal pagué su precio.

Cuantas veces tuve que ir tras el señor cura cuando oficiaba misas en la otra banda, abriendo puertas y falses, en esas barrancas pronunciadas del río Verde, corriendo atrás de la yegua para alcanzarlo. Tragándome los pedos, no sólo los del animal, también los de él, que se hartaba de mole y ya de regreso, con tanto zangoloteo, se le aflojaba el cuerpo.

Más de treinta misas tuve que cantar, para que Dios se apiadará de aquél cristiano que mataron en “El Gavilán”, tuvimos que salir a media noche a confesarlo por temor a que muriera antes de recibir la comunión y le untaran los santos óleos, pero duró más de ocho días agonizando a pesar de que le cercenaron el cuerpo a balazos. Tuvo una muerte horrible: dicen que con el paso de los días, las balas brotaban de su cuerpo como si fueran larvas de gusano. Le mandaron decir las misas gregorianas, para ver si así encontraba perdón por tanta maldad que causó en este mundo, duró ocho días llorando y gritando aterro- rizado porque veía el diablo al pie de su cama, atizando con leños las calderas del infierno.

Toda mi vida trabajando desde que tengo memoria; acarreando tercios de leña, batiendo mezcla, subiendo ladrillos sobre la cabeza y como descanso, cantando misas los domingos. Todo una sola fatiga, nomás para comprar esa vaca, viene este tal y se la lleva con todo y crías y ya cargada, esperando otro becerro.

La vida me ha dado tan poco, que puede caber en la palma de mi mano en un puño vacío que cuando se va llenando, me lo arrebata.

El vago recuerdo que tengo de mi padre es el de la mañana aquella, en que lo trajeron muerto, metido en un cajón de cuatro tablas, con el pecho baleado, tapado con una bandera sucia de sangre y sobre su pecho su gorra de policía, tenía sus ojos abiertos y había en ellos un brillo intenso, como si todavía le quedara un rescoldo de vida. Colocaron el ataúd a la mitad de la sala. Al siguiente día, cuando llegaron los enterradores, me arrimé a la caja, para verlo por última vez, y ya había perdido el brillo de sus ojos; se lo llevaron y sólo quedaron las velas encen-

didas y al centro del cuarto, cuajado un charco de sangre que mi madre nunca pudo borrar, por más baldes de agua que le echó encima. La mancha penetró en el tepetate y allí permaneció por siempre para que nos quedara el recuerdo. Pero mi madre olvidó pronto; apenas lo habían enterrado, todavía no se acababa el novenario cuando ella ya andaba de conquista. Por eso en el primer chance que tuve, me le escapé y me vine a vivir con mi abuela, que es el único cariño limpio que tengo.

Apenas me había encariñado con el señor cura y él todo ese cariño me lo regresaba en cuidados. Viene la muerte y me lo arrebató, se lleva todas mis esperanzas y a cambio sólo me queda como herencia el rencor acumulado en mi pecho.

Después de pasar media noche pensando, salí a la plaza cuando estaba desierta y vi un cielo lleno de estrellas, sólo la alumbraba un gajo de luna blanca, como una raja de coco de esos que venden en las ferias, luego me perdí en un callejón oscuro que conduce al templo, entré por el patio que separa el templo de la colecturía, abrí la puerta de una nave lateral y me metí en el rincón más oscuro en el que jamás había estado desde que tenía memoria. El menor movimiento se escuchaba con tanta resonancia que asustaba; a tientas sentí la inmensa urna donde trasladaban a los santos y me trajo el recuerdo de aquel cajón donde llevaron a mi padre. Seguí de frente hasta situarme al centro de la cúpula, allí descifré la silueta de los santos y sentí como si legiones de fantasmas me acecharan condenando mis actos. El menor ruido subía y se estrellaba en el techo de la cúpula y como lleno de furia, el sonido regresaba al piso; a tientas encontré el cepo, traté de levantarlo pero no lo pude, luego comencé

a arrastrarlo, pasé frente al confesionario haciendo un ruido tenebroso que estremecía las ventanas y turbaba la quietud de la noche. Con dificultad subí los tres escalones del desnivel de la primera capilla, luego salí al patio, y en el cuarto donde guardaban la herramienta para la construcción del nuevo templo, con una hacha lo hice cuatro pedazos; tomé el morral donde guardaban el nivel, el compás y las escuadras y ahí coloqué todo el dinero.

Salí de ese cuarto estrecho queapestaba a cal de piedra, el hedor me ahogaba, atravesé el barbecho, crucé el arroyo y subí por la ladera y al pie de una piedra enorme coloqué el botín y lo cubrí de piedras más pequeñas; regresé a casa todavía cobijado por la noche, entré a mi cuarto y me tendí en la cama. Al cabo de una semana de no probar el sueño por fin me quedé profundamente dormido hasta ese día. El repique de campanas, me despertó ya entrada la mañana.

La gente apresurada se reunió en la plaza, todos atemorizados, se agolparon frente al templo. Uno a uno fueron pasando a contemplar aquella escena inconcebible, el terror se apoderaba al ver despedazada la reliquia: se había consumado el sacrilegio. Sentían un viento frío que se colaba por sus espaldas y el horror se expandía, se fue regando como quemazón, al igual que quedaron regados en el piso las monedas y los añicos de madera que brotaron de lo incierto. El misterio crecía más al escuchar las palabras aterrizantes del padre Narciso Bonilla, que enfurecido no encontraba una brizna de reposo.

—La maldad ha tocado los límites de lo inimaginable. El ángel del mal se ha escondido en las paredes del templo. El recinto más sagrado hoy ha sido mancillado y está ocupado por satanás, se posa en las cornisas de

su torre, impregna los muros con su sombra o se sienta, acechando a todos como un centinela del mal que nos vigila, postrado en lo más alto de su cúpula. Es menester exorcizar el templo para arrojar a ese ser maligno que se ha refugiado en sus rincones. Recen a Dios día y noche para alejar el mal que nos acecha.

Desde ese día la gente quedó colgando en vilo, una sombra negra se detuvo en el pueblo, durante semanas el día se tornó amarillo, aparecían salpicadas de sangre las nubes coloradas de la tarde, el pánico se fue apoderando de la gente de tal modo que no había hombre o mujer que se atreviera, cuando estaba oscuro, a mirar la silueta del templo por temor a ver en las alturas un demonio abrazado de su torre; se recogían temprano, ninguna alma se atrevía a atravesar la plaza por la noche, sólo salía el murmullo de gente que rezaba el rosario para mantener al maligno alejado de sus casas. Dentro de las habitaciones se conversaba en voz baja. Por las tardes todos se apresuraban a terminar con sus labores y al llegar la noche ya estaban encerrados bajo llave.

A partir de entonces, Bernardo comenzó a bajar nuevamente a la plaza, se sentaba afuera de los tendejones a escuchar lo que se decía, desde el día que le hicieron el despojo, nunca habló con nadie más, como si junto a todo aquello que le quitaron, le hubieran arrebatado también de un tajo la lengua. En todos los lugares se quedaba dormido, comenzaba a recorrer poco a poco su cuerpo hasta quedar tirado con el asiento de cabecera, la pistola en la cintura y el sombrero en la cara, así se quedaba en cual-

quier lado, abajo de los árboles, en las banquetas y hasta en los barbechos, la gente lo miraba con asombro, como un espantapájaros olvidado en los potreros para cuidar de lo sembrado.

Cinco días después del atraco, desde el lugar donde estaba sentado aquella mañana, vio cuando bajó el padre Narciso de una camioneta en la que llevaban el nuevo cepo. Mandó a su chofer que tocara las campanas, mientras que poco a poco se reunieron los que estaban cerca, como si fuera una reliquia lo fueron rodeando; luego llegaron los demás hasta que se llenó la plaza con las mujeres y los niños. El primero fue Jacinto el comisario, que recibió al padre con su acostumbrada risa falsa.

—Cómo le va padre Narciso, tiene que asegurar primero las puerta de su templo antes de dejar colocada su alcancía, no se olvide que el ladrón anda suelto.

—Lo dices tú, Jacinto, que como autoridad deberías de andar averiguando.

—La cosa no está fácil, padre, todos los días me levanto a media noche nomás a vigilar el templo; puede estar seguro que esto no vuelve a ocurrir, el día menos pensado va a caer, ya siento que le ando pisando los talones, todo a su tiempo, ya lo verá que aquí se lo entrego como Barrabás amarrado de pies y manos, para que usted haga con él lo que le plazca.

—Del cielo a la tierra no hay nada oculto, Jacinto y el día menos pensado Dios nos lo entregará en bandeja de plata.

Desde un hueco que hizo la gente clavó la mirada en el barbecho donde Bernardo se encontraba tirado, subió los cinco escalones de las gradas y preguntó a Jacinto:

—¿No es el cantor aquél que está tirado como espanto en el pedazo? —y sin esperar respuesta comenzó a llamarlo. —¡Hey tú!, ¡sí, tú! ¿por qué no te acercas como los demás?

Bernardo se enderezó, amodorrado por el sol, se acomodó la pistola y se levantó un poco el sombrero y le dirigió una mirada de desprecio.

—¡Acércate con los demás! dijo el padre en tono fuerte —como si fuera una orden—, no me gustan ovejas descarriadas en mi rebaño.

—Ya los tiene a todos a su alrededor, qué más quiere, contestó Bernardo, yo ya no soy uno más de sus borregos, son demasiadas moscas pa' tan poca mierda.

El padre, enfurecido, dio un paso al frente pero el comisario lo detuvo, tenía la sangre agolpada en la cara, los pelos parados y arrojaba burbujas de espuma por la boca. —Quédese tranquilo, padre que el cantor no es poca cosa—, le dijo en voz baja sujetándolo del brazo, —ese muchacho está dolido y no ha logrado como los otros tragarse el agravio, mejor no le mueva; un hombre humillado es capaz de todo.

—Ya habrá tiempo para obligarlo a que se trague eso, mira nada más, que tener el descaro de hablarle así a mí, un ministro de Dios—. Bernardo se dio media vuelta y se tiró de largo, dándoles a todos la espalda.

Cuatro hombres cargaron en hombros el cepo y lo condujeron al templo como si fuera un muerto, toda la multitud los siguió, lo colocaron en el mismo sitio donde estaba el anterior, el padre lo roció de agua bendita, le hecho sus bendiciones y se lo encargó a la gente.

—Deben cuidar esta alcancía con el mismo sigilo con que cuidan sus ahorros, esto representa el lugar dónde Dios guarda sus tesoros, cada moneda que cae es una gota de sudor que se desprende del hombre para perderse en la tierra, donde germina como semilla y cuyos frutos cosecharán en el cielo. Debe ser un recinto tan respetado como

el sagrario, como la sacristía o como cualquier reliquia de su templo. Hagamos un acto de contrición, para que no se repita lo inaudito, vayan en paz y que Dios nos proteja.

A punto de mediodía salieron de la iglesia, la plaza estaba vacía. Bernardo también se había retirado.

Dos días después el cepo apareció despedazado frente a la casa del comisario. El repique de campanas comenzó a sonar cerca de las diez de la mañana, la gente veía a lo lejos las tablas hechas pedazos y pensaban que eran escombros hasta que alguien entró al templo y se dio cuenta que el cepo ya no estaba en su sitio. El comisario mandó un emisario a la carretera que salió a todo galope y detuvo el primer coche que hizo alto para llevar el mensaje a la presidencia municipal. Una hora más tarde bajó por la ladera en su carro el padre Narciso, custodiado por la camioneta del gobierno, llena de policías.

Ya la gente había llenado la plaza. Mientras los policías peinaban la zona en busca de nadie, el padre Narciso azuzaba a la gente:

—Todo aquél que tenga coraje y valor para defender lo suyo, vaya a su casa y traiga cualquier arma de que disponga para bendecírsela. Si fue mancillada la casa de Dios, ¿qué les espera a ustedes? ¿que venga el enemigo y entre a sus casas a hurtar lo que tienen? ¿Van a esperar a los ladrones y ver como abusan de sus hijas y violan sus mujeres?

Sólo dos familias de las más numerosas que vivían más cerca de la iglesia acudieron a su casa y cada uno de esos hijos fueron colocando en las gradas sus pistolas y sus rifles.

—Pueden estar seguros que Dios no les tomará en cuenta, no cometerán ningún pecado aquellos que usen estas armas en legítima defensa y menos aún si son usadas para defender la casa de su Padre.

—Con la vida le responderemos yo y mis hijos, padre.
—Dijo Alejo Martínez: —le aseguro que no saldrá con vida aquel que se acerque al templo con malas intenciones.

Al día siguiente llegó el padre con varios hombres, cambiaron y reforzaron las chapas del acceso al patio, la entrada lateral y la puerta principal. Unos días después el padre regresó sin causar alboroto, llevaba un enorme y pesado cepo de cobre con puerta y chapa de seguridad que asemejaba una caja fuerte, los cuatro hombres que iban con él apenas pudieron cargarlo. El templo permaneció tres días cerrado y la gente se recogía temprano, todos seguían asustados, los alarmaba hasta el sonido del viento, los perros aullaban sin cesar, el canto de los tecolotes y el silbido de las lechuzas los estremecía en la oscuridad; ninguna luz se divisaba en las casas. Por la mañana los hijos de Alejo Martínez salían de su casa presumiendo sus armas mientras su padre los aguardaba en la entrada. Fanfarroneando revisaban la iglesia. Así lo hicieron por tres días, hasta que la mañana del sábado encontraron forzada una puerta. No se atrevieron a entrar al templo por temor a encontrarse con los ladrones y comenzaron a tocar las campanas, después que se reunió la gente entraron al patio y encontraron la puerta de la primer capilla quebrada, luego entraron al templo y se dieron cuenta que faltaba el cepo. Las mujeres se hincaron a rezar en voz alta y los hombres se veían unos a otros con asombro, extrañados por la sorpresa. El comisario agachaba la cabeza avergonzado y los de la guardia se mostraban incrédulos. Para su mayor asombro encontraron los cristales de la ventana que daba a su casa hechos pedazos.

—Por esa ventana entró el ladrón, qué burla, pasó frente a su puerta. Varios de los hombres hacían conjetu-

ras de lo ocurrido, y con asombro, expresaban su punto de vista: –Estamos ante una banda de malhechores– expresó uno de ellos. –Una sola persona es imposible que haya causado esto. ¿Si se necesitaron varios hombres para meter la alcancía, se ocupa otro tanto para sacarla...?

Estaban en eso cuando se escuchó la voz de alguien gritando, que entraba a toda prisa casi desfallecido por la impresión, llegó hasta el fondo del templo, se persignó y se tiró en un reclinatorio en medio de la multitud; con la respiración entrecortada les gritó que había encontrado un muerto.

–¡Allá en la cola de la presa! –dijo señalando con la mano y un dedo extendido: –hay un difunto en una enorme caja, con un hacha clavada en el pecho.

A los hombres y a las mujeres se les fue nublando el rostro, y en la mirada incierta de los niños se asomaba el pánico, grandes y chicos eran envueltos por el miedo; a las mentes de todos las seguían perturbando los sucesos, que parecían no tener fin. En cuanto aquél infeliz recuperó el aliento salió del templo a toda prisa y la multitud corrió tras él en busca del difunto.

Al llegar sólo encontraron el enorme cepo perforado, y en uno de los agujeros atorada el hacha como si la hubieran dejado clavada en el rajadero, pero dentro de la caja no había ninguna persona, todo había sido producto del nerviosismo y la imaginación de aquél sujeto.

A pesar de que no llegaba el padre, la gente seguía esperando en la plaza, bajó primero la policía y mientras cinco hombres lo esperaron afuera, el comandante entró a la casa del comisario, después de hacerle un breve interrogatorio, los dos salieron cuando ya el padre Narciso se encontraba entre la gente; luego, los tres se dirigieron a

donde estaba el cuerpo del delito, seguidos de los cinco policías y más atrás, los hombres sigilosamente caminaban, murmurando en voz baja.

El comandante trató de buscar huellas alrededor de la escena, pero todo aquello estaba tan revuelto que decidió no meterse en camisa de once varas, solo le dijo al padre que podía llevarse el cepo y mantenerlo en custodia, por si acaso él quería pagar un experto en huellas digitales. El padre asintió y varios hombres levantaron aquello y lo subieron a la camioneta de la policía.

Esa noche custodiaron el templo, varios hombres durmieron en la plaza y al siguiente día, cuando llegó el padre a oficiar la misa de doce, algunos entraron somnolientos al templo, que ni con lo dramático del sermón lograron mantenerse despiertos. Varios se quedaron sentados recargados contra la pared, donde sólo alcanzaron a percibir un murmullo fuerte que arrulló su sueño.

Mientras todos estaban concentrados en el templo, Bernardo aprovechó para dar un golpe en la vivienda de Alejo Martínez. Salió de su cuarto, tomó una pala que estaba abandonada en el muladar y sabiendo que todos estaban en el templo, hizo un pequeño rodeo escondiéndose en los arroyos, llegó a la casa que se encontraba atrás de la iglesia, entró por el corral. Hasta afuera se escuchaban las palabras enardecidas del padre, que seguía atemorizando a la gente, alzaba más fuerte la voz cuando su sermón llegaba al clímax. Bernardo, sin prestar atención a sus palabras, trepó a un árbol y subió a la azotea, hizo una perforación en el techo del alto y bajó la escalera hasta la sala, tomó el veliz donde guardaban las armas y el dinero, forzó la puerta de entrada y salió nuevamente al corral, y

siguió ocultándose en el mismo arroyo que lo llevaría a trasmontar el cerro.

Donde comienza la ladera se encontraba la última casa, al borde del arroyo y al pasar por un costado encontró dos niños de una familia muy pobre escarbando en busca de raíces; los niños debido a la pobreza extrema de sus padres habían tenido una alimentación deficiente, que causó en ellos cierto grado de atraso en su desarrollo, deficiencia que no impedía que pudieran identificarlo.

Al momento sintió que se le acababa el camino, que todas aquellas cosas que había hecho sin reflexionar y sin medir las consecuencias, sólo cegado por la rabia, habían llegado a su fin. Siguió caminando con la seguridad de que en poco tiempo se aclararía el misterio y comenzó a sentir pesado lo que estaba cargando, no sólo el peso de la maleta, sino toda aquella carga que había colocado sobre sus hombros.

Llevaba recorrido buen trecho de la ladera, colocó el veliz sobre el suelo, y con una piedra hizo añicos la chapa, tomó las dos pistolas que había dentro y se embolsó el dinero, esculcó entre la ropa y al no encontrar nada más de valor, la dejó tirada en el piso y se apresuró a trasmontar el cerro.

“Una vez que cruce el río no me volverán a ver nunca. ¿Qué le debo yo a este maldito lugar? Nada impide que me vaya; tan grande que es el mundo y yo terco en este suelo tan pobre, que ni tierra suficiente tiene para cubrir las raíces de los árboles que le regalan su sombra, aquí solo hay miseria, no hay nada de dónde puedas agarrarte.”

“¿Algo debí haber hecho con esos niños para que no me descubran? ¿pero qué? ¿Ni modo de matarlos si ni cabales están? En pocas horas, ya todos se darán cuenta de

que yo soy el ladrón, no tardarán en lanzarse como perros sobre mí, pero no les voy a dar el gusto de que me agarren, si alguno me alcanza traigo con qué matarlos, me despacho al primero, y me sirve de pretexto para largarme más lejos, y luego todos se regresarán, con lo coyones que son.”

Mientras él iba divagando en su pensamiento, la esposa de Alejo Martínez entró al patio de su casa, lo primero que encontró fue la puerta forzada, se asomó a la sala y vio que faltaba el veliz donde guardaban las armas, la petaquilla abierta y un rayo de luz que desde el techo del alto penetró hasta la sala, subió tres peldaños de la escalera y por la perforación, pudo ver el sol del mediodía.

Salió a la plaza bañada en llanto, gritando desahogada como demente, se tendió de rodillas en el piso y levantó los brazos, implorando ayuda mirando el cielo: —¡Nos han robado! ¡Nos han robado! Saquearon nuestra casa los ingratos, por favor hagan algo, para que se acabe esta pesadilla que estamos viviendo, por Dios, qué ingratitud. Nos arrebataron todos los ahorros de mis hijos, se llevaron todo el sudor de su trabajo.

Se le acababa la respiración y la cegaba el llanto, limpiaba las lágrimas con la punta de su rebozo y volvía a gritar, hasta que la rodeó la gente y sus hijos la levantaron y la llevaron a su casa.

El comisario y el padre apartaron de la multitud a los hombres, le pidieron a todo aquel que tuviera armas pasara a recogerlas y rápido se incorporaran a sus filas, los dos se pusieron al frente de la comitiva, el comisario y un grupo de gente se dirigieron a la ladera oriente por donde escapó el ladrón; el padre se llevó un grupo de hombres para peinar la ladera opuesta hasta llegar a la ceja. En

poco rato formaron la mayor jauría humana que jamás se haya visto y salieron a la caza de su presa.

Al comenzar a subir encontraron a los niños que después de sacar lo que buscaban, en el mismo lugar se quedaron jugando, cuando los interrogó el comisario, sin vacilar, a una voz le contestaron que el único que había pasado cargando una maleta, era Bernardo el que tocaba en la iglesia, y más adelante encontraron el veliz y la ropa regada en el suelo; recogieron todo y regresaron a un hombre con el veliz a la casa del comisario, con la orden de que nadie más lo tocara antes de entregarlo a la policía. El hombre también llevaba la encomienda de avisarle al grupo del padre que regresara a su gente y reforzaran la vigilancia en la ladera opuesta que conecta a la carretera, que algunos de sus hombres subieran a la ceja y desde lo alto vigilaran toda la loma.

Jacinto, que comenzó la búsqueda con mucho recelo, se envalentonó de golpe, al saber de quién se trataba, ahora estaba seguro que sólo era una persona, que no iba a poder con cerca de medio centenar de voluntarios que lo acompañaba, además contaba con que de un momento a otro llegaría a reforzarlos la policía con rifles de asalto, pero por más que buscaron entre la breña, en los arroyos, en las laderas, barrancos y despeñaderos, no encontraron nada; Bernardo se había escapado.

Comenzaba a caer la tarde cuando todos regresaron a la plaza, llegaron cansados, frustrados con la cabeza baja, perturbados por la incredulidad de que el malhechor haya sido el cantor, el hombre que muchos admiraban. La mayoría se resistía a creer que aquel muchacho bueno se hubiera convertido en bandido.

Llegaron cansados y se sentaron en las gradas frente al templo, y algunos se tendieron de largo bajo la sombra de los árboles que la circundaba. De las tiendas llevaron cervezas y refrescos, cajas de galletas, todo a costa del sacerdote, hasta él se tomó un par de cervezas para remover la resequedad de la boca y contrarrestar la amargura que provoca la secreción de la bilis.

La policía que estaba deteniendo y revisando todo vehículo que circulaba por la carretera, al no encontrar nada bajaron a la plaza y los agentes se mezclaron con los hombres que descansaban, mientras el comandante hablaba con el comisario y el padre sobre el procedimiento que tenían que seguir para resolver aquello, que por meses, los había mantenido en jaque.

De pronto apareció un hombre allá a lo lejos caminando lento, ya el sol se estaba ocultando, venía arrasando sus pasos, vacilante y cansado, proyectaba su sombra a mitad de la calle; conforme se acercaba, los que lo vieron, con asombro reconocieron su rostro; era Bernardo, quien después de mucho pensarlo decidió entregarse, para acabar con toda la incertidumbre y el pánico que en la gente había provocado.

Venía decidido a todo sabiendo que lo juzgarían a su antojo, que podían someterlo a tortura, que iba a soportar la vergüenza y se enfrentaría a la burla de todos.

Algunos se sorprendieron al ver que en la cintura, encajada llevaba una arma, y sintieron temor de que pudiera usarla, los agentes de policía tomaron sus rifles y salieron a su encuentro obedeciendo órdenes del comandante, atrás iba el comisario resguardado con los de enfrente. Hasta que desarmaron a Bernardo se puso por delante.

Bernardo en ningún momento opuso resistencia, comenzó a alterarse después que el comisario le increpó

con violencia, lo tomó del cuello y le desprendió algunos botones de la camisa.

—¿Ahora mismo nos vas a explicar a todos de dónde vienes, baquetón, sinvergüenza y por qué tienes los zapatos llenos de lodo?

A lo que Bernardo respondió enojado empujando con un movimiento brusco.

—¿Quién eres tú para cuestionarme? ¿De qué privilegios gozas? ¿Hablas por ti solo o por el monigote que traes pegado a tu espalda? Vengo del pueblo, los zapatos están llenos de lodo por que me salí a hacer del cuerpo, si lo dudas, te llevo a ver lo que hice. Y gritó fuerte para que todos escucharan —¡Para que te la tragues, cabrón!

Jacinto enfurecido se lanzó contra él y por poco lo tumba de una bofetada, luego lo siguieron golpeando los guardianes y el mismo comandante hasta que cayó al suelo, ya en el piso lo siguieron pateando, le colocaron las esposas y arrastrando lo subieron a la camioneta, la gente conmovida lo rodeaba en silencio.

El padre Narciso mandó traer una taringa llena de agua bendita y murmurando palabras en latín comenzó a rodear la camioneta, rociando el agua, como si estuviera haciendo un exorcismo, besaba la cruz dibujada en la estola, y al pasar por los pies de Bernardo, éste se volteó bruscamente, se enderezó como pudo y le escupió la cara y de una patada le arrancó la vasija, la lanzó por el aire y cayó al suelo, luego comenzó a gritar a todo pulmón, con el rostro bañado en sangre.

—Ustedes son los que deberían de estar aquí amarrados, malditos buitres, tú y el puerco del comisario, que se ha pegado a ti como uno más de tus chulos, los dos se han puesto de acuerdo para despojarnos de la herencia que

nos dio el señor cura, y no sólo eso, también me quitaron lo mío. Ustedes son las ratas y no yo, si Dios no me ayuda a salir, le voy a pedir al diablo que me deje regresar nomás para colgarlos de un árbol, algún día ya lo verán, no me van a dejar encerrado toda la vida.

El padre comenzó a incitar a la gente para lograr calmarlo, y bastó que uno sólo gritara para enardecer a los demás.

—Ya callen a ese ladrón, denle una paliza al endemoniado, nos caerá una maldición a causa de sus blasfemias.

La gente movida por el padre comenzó a hacer más pequeño el círculo hasta que una muchacha y una señora se colaron entre la multitud que se acercaba enfurecida, la joven abrazó a Bernardo y la mujer sobre la camioneta portando un garrote los desafió amenazante.

—Para que le hagan algo a él, primero van a matarnos, pero después van a tener que verse con mi marido y ninguno de ustedes tiene los suficientes pantalones para enfrentarlo ¡que no está solo! —Después se dirigió al comandante. —¡Y usted qué espera! ¿Por qué no se lo lleva ya? ¿Qué está esperando, que esta runfla lo mate? Ustedes júzguenlo como quieran pero por Dios, terminen ya con este circo.

La mujer era tía de Bernardo y la muchacha era Agustina la novia.

El comandante reaccionó, dio la orden de retirada y con gritos le dijo al comisario que abriera paso empujando a la gente.

El padre Narciso todavía tuvo el descaro de arrimarse al comandante para ordenarle que lo forzara a declarar dónde había escondido el dinero y les entregará al cómplice, para que el rancho quedará en paz.

La camioneta arrancó despacio, en medio del callejón que formó la gente.

Agustina le soltó la cara a Bernardo, le dio un beso y se embarró la cara con su sangre.

—¡Sé fuerte Bernardo! —Le dijo; haciéndole una última caricia. —¡Resiste, me tienes a mí, hazlo por tu abuela!

La distancia entre Bernardo y Agustina se fue haciendo mayor a pesar de que ella apuraba sus pasos para alcanzarlo, hasta que lo sintió lejano.

—¡No me olvides nunca, Bernardo! — Le gritó —¡Que no te ciegue la soberbia, yo te esperaré siempre, deja que se pudra el mundo; a ti y a mí nos espera una vida por delante!

Siguió caminando de frente con los ojos empañados de llanto sin levantar la cabeza, no quería darles el gusto que la vieran llorar y a toda prisa entró a su casa.

Tal como les habían ordenado a media noche del día siguiente, cuatro hombres embozados con paliacates abrieron la celda de Bernardo, lo condujeron hasta el segundo patio de la presidencia municipal y allí comenzaron a golpearlo; cuando todavía sus heridas estaban frescas, los gritos despertaron a sus compañeros de celda, que pegaban el oído a las puertas para escuchar el interrogatorio. Por más que lo sometieron a terribles castigos, no lograron que entregara a sus cómplices, por la simple razón de que nunca existieron.

Desfallecido, arrastrándose por el piso, les pidió que por piedad, no lo golpearan, que les iba a demostrar, que había actuado solo.

—Nomás les pido que me lleven donde tienen el cepo y si no se convencen, enseguida me matan, pero yo no voy

a embarrar a nadie, para salvarme de esta golpiza, porque yo todo lo hice solo.

Los torturadores accedieron, lo ayudaron a ponerse en pie y lo llevaron al cuarto que utilizaba la comandancia, para guardar sus armas. Ahí estaba el cepo abierto por la mitad, como un cerdo destazado.

Se abrazó a él, reposó un instante los dolores insoportables de su cuerpo y reunió el último aliento, concentró toda la fuerza que le quedaba y ayudándose con la pared lo levantó, se metió debajo, agachó la cabeza y lo colocó sobre su espalda, salió al corredor soportando sus dolencias y el terrible peso y después de dar al patio la primera vuelta lo arrojó al piso, provocando un estruendo en la quietud de la noche.

Ya no lo regresaron a su celda, a esas horas, lo llevaron a los lugares donde escondió las armas del último robo, después al sitio donde tenía el botín de su primer atraco. Era casi de madrugada cuando esculcaron el último sitio, alumbrados por una linterna.

Se asomaban las primeras luces del alba cuando lo ataron al cajón de la camioneta, nadie andaba en pie, todo el rancho estaba en calma, el viento de la mañana había resecado su sangre, y se embarraba en costras a la cara amoratada e hinchada por los golpes, con dificultad abrió los ojos, pero aun así, esforzándose, pudo ver la casa de Agustina, brillaba una opaca luz en la ventana de la cocina y un hilo de humo iba saliendo por la chimenea, después volteó a la casa de su abuela, y la vio todavía cubierta por las sombras, la imagen se le fue borrando más hasta reducirse a una mancha oscura que quedó completamente empañada por el llanto. Antes de llegar

a la primera curva se sacudió las lágrimas y contempló por última vez aquel lugar que lo abrigó de niño.

En dos meses terminaron su juicio, lo sentenciaron a diez años de cárcel, condena que podía cumplir en cinco años descontando las noches, o aún, podría reducir o alargar más la sentencia de acuerdo a su comportamiento, todo iba a depender del criterio de los jueces asignados al presidio. Tres meses después de sentenciarlo, ya cuando habían desaparecido las huellas de la tortura, lo trasladaron al penal de Oblatos en la capital del Estado, prisión de la que nunca jamás saldría vivo.

Aunque las marcas del cuerpo habían desaparecido, jamás le cicatrizaron las heridas del alma. Pasaba soportando con amargura y desesperación los largos días de ocio, que no podía llenarlos con nada y con terror esperaba la noche para sentir más en carne viva todos aquellos días de su martirio, por la noche pasaba mirando el vacío en los oscuros espacios de su celda, con el rencor a flote.

“Por ese par de gañanes estoy aquí, en estos momentos han de estar burlándose de mí, contentos de lo que hicieron y yo aquí pudriéndome vivo, ya les llegará el día, seré yo el primero que cuelgue un ministro del infierno, no importa que también a mí me lleve el diablo.”

“¡Los niños! No se le olvidaban los niños, ellos fueron la causa de mi infortunio, debí mejor haberlos matado, así los hubiera librado de andar penando, pasando hambres, que futuro les espera a esos que hasta parecen huérfanos y ni completos están, qué porvenir la vida les tiene reservado; si yo hubiera cargado con ellos, iba a vivir mi infierno aquí en la tierra y a lo mejor después de tanto sufrir aquí por mis pecados, al final de mis días alcanzaría el perdón. Además ellos se hubieran ido derecho al cielo,

si son almas inocentes bien aventuradas que todavía no abrigan ningún pecado, hasta les iba a hacer un favor, de cuantos años de sufrimiento los hubiera librado. Si, de haberlos acabado, no tendría que haber pasado por todo esto, estaría libre, estirándome hasta donde la cobija me alcance, sufriendo en otro lado, pero sufriendo al fin, qué diferencia puede tener el martirio lo mismo es aquí que afuera, lo distinto es que allá aunque sea por momentos el pensamiento lo puede arrastrar el aire, y aquí ni el viento sopla, todo el sufrimiento queda encerrado en este cuarto, donde no puedo ni siquiera estirar las patas.”

Con el tiempo todo aquel rencor fue disminuyendo, comenzó a enrolarse en las labores del presidio, trató de adaptarse al encierro y empezó a convivir con los demás presos, participaba en las actividades deportivas que los otros organizaban, se incorporó de lleno al trabajo haciendo dobles jornadas como en los viejos tiempos de su adolescencia, le regresó el apetito y toda su energía la canalizaba al trabajo y al deporte. Logró, aunque no del todo, recuperar su sueño; muy seguido a mitad de la noche lo asaltaban las pesadillas, se despertaba sobresaltado, pero aquel sobresalto lo mitigaba con pensamientos positivos, que después de un rato le volvían a regresarle el sueño.

Ciertas noches se despertaba mucho antes que amaneciera y el resto de la noche se la pasaba pensando en el futuro que le esperaba al lado de las dos mujeres, que siempre le demostraron un gran cariño.

“Me trastornó la rabia, no pude ver más allá de mis ojos, se me acabó el mundo, Agustina, me cegó el coraje, solo una palabra mía habría bastado y tu hubieras sido capaz de seguirme a cualquier parte, al mismo infierno si

yo te lo hubiera pedido, el amor se te veía en los ojos, pero yo estaba tan cegado, que ni siquiera pude verlo.

La pobre de mi abuela, que tantas veces me dijo que se sentía orgullosa de mí, ahora debo darle vergüenza al ver lo bajo que he caído, no me va a alcanzar la vida para remediar todos los malos ratos que le hice pasar. Un día volverás a sentir el mismo orgullo que por mí sentías, te lo juro por Dios, Encarnación Villegas.

Por otro lado, al padre Narciso Bonilla se le había volteado el mundo, a los oídos de las más altas autoridades de la iglesia llegó el rumor de que en su parroquia se estaban malversando los fondos, también el obispo se dio cuenta de varios escándalos que había protagonizado públicamente con sus amantes, después supieron que un día los vecinos del rancho lo enfrentaron y lo hicieron que regresara un camión cargado de material que alguien había donado al templo y que él pensaba utilizarlo para la construcción del establo que estaba haciendo en su rancho. De la noche a la mañana todo se iba yendo en su contra, solo era cuestión de meses para que lo mandarían a otra parroquia, lejos, tan lejos que fuera suficiente para ocultar sus escándalos.

Una mañana llegó temprano y no lo hizo como siempre lo hacía, no mandó tocar las campanas, ni se dirigió al templo, sino que se fue directo a la casa del comisario. Jacinto lo recibió extrañado y lo confundió más al ver su cara de preocupado, lo invitó a pasar hasta el cuarto más apartado donde pudieran conversar en privado, desde el primer momento en que lo vio, él, que conocía muy bien a la gente, se dio cuenta que ya se le asomaba el miedo, sensación que muchas veces él mismo había sentido.

—Traémos la suerte en contra Jacinto— tomó una bocanada de aire para agarrar aliento y dijo —mis días aquí

están contados, no sé cuándo pero de un momento a otro me expulsan y si no suspenden mi ministerio, es por que me van a mandar muy lejos y para colmo de males, me acaban de informar que el cantor está a punto de salir libre. Acuérdate que nos amenazó de muerte y una cosa así no se puede echar en saco roto.

—Yo qué puedo hacer padre, esperar lo que venga, ya estoy viejo, para andarme frunciendo, además, no creo que se atreva a tanto, yo tengo hijos que hasta son mayores que él, no creo que quiera echarse de enemiga a toda mi familia. Usted ya se va, no se preocupe tanto, pero si tanto le teme, pues tome sus precauciones.

En nada le tranquilizó al padre visitar a Jacinto, salió más contrariado y lo peor de todo es que no sabía cómo ocultarlo. Se despidió, y Jacinto se quedó mirándolo.

“Pobre infeliz, dicen que al perro más flaco se le cargan todas las pulgas y esté ya no soporta el peso que lleva encima, tiembla como niño, le llegó el frío, por que ya lo están desnudando”.

El comportamiento de Bernardo lo había hecho un buen candidato, para conseguir el indulto, pero todavía estaban a meses de que las autoridades del penal se reunieran con los jueces encargados de evaluar el proceso y recoger a los reos que por su excelente conducta, serán puestos a aprobación y concluirá su condena en libertad, por el resto del tiempo, hasta terminar la sentencia que les habían fijado.

Una noche Bernardo casi de madrugada, despertó empapado en sudor, después de haber tenido una pesadilla, de esas que a menudo le daban, estaba soñando que de la torre del templo se desprendía un águila enorme convertida en demonio y después de que varias veces en

espiral surcaba el cielo, se clavaba en la enorme piedra, donde había guardado el botín y ahí luchaba encarnizada con una enorme víbora de cascabel que resguarda el tesoro y mientras que las dos fieras luchaban para apoderarse del lugar, él se daba cuenta que lo que la piedra guardaba no era el dinero, sino su propia tumba.

Se estaba recuperando de la impresión, cuando escuchó unos pasos que sigilosos se acercaban y se llenó de espanto al ver la sombra y escuchar que con tanta facilidad abrió la reja. Se enderezó porque estaba de lado y al instante brincó la sombra sobre él, sintió cuando la alesna perforaba su vientre, vio tan cerca su cara que su primer impulso fue morderlo y apretó las mandíbulas con tanta fuerza que le desprendió de tajo la nariz y el agresor al sentir el dolor soltó la punta.

Bernardo aprovechó la confusión y se arrancó el arma y con esta, le hizo dos perforaciones mortales en el pecho a su agresor. Cuando los guardias encendieron la luz y entraron a la celda, encontraron a Bernardo con el arma en la mano y al otro revolcándose en el suelo.

Rápido llevaron a Bernardo a una celda de castigo; ya cuando llegaron los médicos a dar auxilio, el agresor estaba muerto.

Duraron todo el día para hacer las diligencias. Hasta la noche levantaron el cuerpo, era fin de semana y no podían localizar al forense. Por tres días, dejaron a Bernardo en su calabozo abandonado a su suerte.

Aunque la perforación fue pequeña, casi imperceptible en su vientre, sintió que algo vital había tocado por dentro; comenzó sintiendo un ardor intenso, que fue creciendo hasta sentirlo insoportable, como si le hubieran colocado una brasa que despedía una lengua de calor

que poco a poco, fue corriendo hasta convertirse en una llama que lo devoraba por dentro, como si en su vientre hubiera estallado un incendio. Ya cuando llegó la noche estaba invadido de fiebre, sudaba a chorros, arrojaba por los poros de su piel en vapores todo el líquido acumulado en su cuerpo. Se revolcaba en la cama, sin poder conciliar el sueño, hasta ya avanzada la noche comenzó a sentir que el cuarto estaba dando vueltas, después sintió que toda la prisión giraba con la velocidad de un rehilete y una algarabía de voces entraba a sus oídos. Luego vino la calma y lentamente se fue quedando dormido. En lo profundo de su sueño, se vio recostado en la enorme piedra donde escondió el dinero bajo los rayos de un sol hermoso, que abrazaba su cuerpo y conforme avanzaba el tiempo el calor se hacía insoportable, hasta que no aguantó más y al tratar de levantarse, se dio cuenta que estaba atado de pies y manos bajo un incendio infernal cuyas llamas brotaban de su vientre y una manada de buitres hambrientos se alimentaba de las entrañas de su cuerpo.

Despertó desesperado, gritando tan fuerte como le permitía su pecho, pidiendo auxilio, estrujando los barrotes de acero, pateando las láminas de la puerta, llorando a gritos abierto, horrorizado hizo todo cuanto pudo para no morir en ese encierro, pero nadie lo escuchó, se golpeó como un loco en las paredes, en el techo, se arrastró por el piso, hasta que ya no pudo más, se le acabó el aliento.

Con la fuerza perdida, se fue quedando dormido, el dolor fue desapareciendo y comenzó a soñar nuevamente lo mismo; se veía amarrado a la misma piedra con el vientre abierto destazado como una vaca, nada le dolía, estaba viviendo el descanso eterno sin pena ni gloria, los zopilotes descansando en las ramas de los árboles, en la

cabecera se encontraba su abuela acariciándole la cara y al pie de la piedra, vestida de negro, con un otate en la mano se encontraba Agustina.

—Aquí estoy Bernardo, nunca te he dejado solo, siempre seré como tu ángel de la guarda, un hombre no puede vivir sin reflejar su imagen y yo seré esa sombra que te falta.

—Me quitaron todo Agustina, me cortaron la vida cuando apenas comenzaba a vivirla, me arrancaron las entrañas, sólo me dejaron el corazón, no lo pudieron desprender porque el corazón es tuyo. Algún día saldré de este infierno y me pondré a buscarte un pedazo de cielo.

Después sintió que una brisa fresca comenzó a envolver su cuerpo y una nube blanca bajó de la montaña y en la espesura de la niebla las dos mujeres tomadas de la mano se le fueron perdiendo.

Al siguiente día, temprano, cuando abrieron el calabozo, lo encontraron muerto, con los pies y las manos destrozadas, y el estómago inflado, a punto de estallar.

Al terminar la mañana bajó el padre Narciso a toda prisa, mandó a su chofer tocar las campanas, y la gente como de costumbre acudió a su llamado, él se subió a las gradas a esperar que llegaran los vecinos y desde allí miró uno a uno cuando se iban acercando y una vez todos reunidos, el comisario preguntó:

—¿Ahora qué celebra, padre, en honor de quién va a ser la misa?

—Hoy no habrá misa Jacinto, solo vengo a avisarles que el bandido ha muerto.

Hombres y mujeres consternados se vieron unos a otros y con la cabeza baja, se fueron retirando, el padre bajó las gradas, entró a su carro hizo una seña al chofer y se alejó a toda prisa.

He tratado de incluir en mi historia temas que resultan controversiales, que no se pueden evitar, porque están ahí y aunque están sujetos a una camisa de fuerza, escondidos en los basurero de lo perverso, salen a la luz cuando el viento penetra por cualquier hueco y comienza a ventilarse lo mezquino y lo bajo.

En tres párrafos se puede resumir la esencia de mi relato. La vida me ha dado tan poco que puede caber en la palma de mi mano, en un puño vacío, que cuando se va llenando me lo arrebata. Solo aquel que carece de todo sabe lo que lo mínimo cuesta, y aquél que tiene bastante, a veces se vuelve ciego por las bondades de la abundancia.



Maurilio Mercado Gómez nació el 28 de julio de 1958 en Ocotes de Moya, un poblado pequeño al sur del municipio de Yahualica Jalisco, México.

Fue el menor de tres hermanos de una familia dedicada a la agricultura y a la ganadería.

Estudió la carrera de Ingeniero Agrónomo en la Universidad de Guadalajara.

A muy temprana edad, los poemas épicos de Homero despertaron su interés por la literatura, sobre todo La Iliada. Después vinieron los clásicos de la literatura universal. Más adelante comenzó a leer novelas históricas de México; sobre la Reforma y la Revolución Mexicana. Su primera novela. Los tiempos idos, comenzó a escribir-la en el año 2012 y la terminó cuatro años más tarde.

